

ciendo resaltar con fuertes rasgos el testimonio de su misión divina y de su magisterio terreno. Dirigida por el Espíritu Santo, realiza esta labor de enseñanza y de consuelo, combinando sutilmente la profecía con la historia y sacando torrentes de luz con un sistemático acercamiento de los textos bíblicos, que tiene entre sí misteriosas relaciones. Su obra, pulida y perfeccionada a través de los siglos, no es la de un simple coleccionador, sino la de un artista. Con ella la doctrina adquiere más alto vigor y la devoción se enciende; se agiganta la fuerza teológica y la poesía despide reverberos insospechados. Una belleza nueva brota de las palabras de la antigua Ley con sólo ponerlas frente a otras de los Apóstoles y de los Evangelistas. Hay ocasiones en que se nos revela su más profunda significación con sólo aplicarlas a una circunstancia especial de la vida humana, o a un pasaje de la vida de Cristo, o a una época determinada del año religioso, en que parecen salir más espontáneamente del corazón. Esto realza su significado y hace mayor su eficacia. Bellos son en sus libros originales los versos de Isaías, que forman el conocido canto de Adviento, que llamamos el *Rorate*; profundamente impresionantes los trenos de Jeremías, ricos de emoción y de dramática grandeza los lamentos angustiosos de Job; pero estas joyas incomparables de la literatura hebrea se nos presentan como un relieve singular y causan en nosotros una emoción más profunda cuando las oímos en medio de la expectación ansiosa de la venida de Cristo, o en el oficio de difuntos, o bajo la impresión de la tragedia divina, que conmemoramos durante la Semana Santa.

Abramos el misal por cualquiera de las misas cuaresmales, la del miércoles de la cuarta semana. Es el día que la Iglesia consagraba en los primeros siglos para dar la última instrucción a los catecúmenos que debían bautizarse el Sábado Santo, y designar luego los que estaban preparados para recibir la gracia bautismal. Todos los textos de esa Misa, el introito, los gra-

duales, la primera lectura, la Epístola, el Evangelio, nos hacen pensar en la vida nueva, que trae la gracia santificante, en la purificación del agua santa, en la iluminación de la fe que ya alborea para los futuros neófitos, de quienes el ciego de nacimiento es una figura admirable. Hasta aquel verso: *Accedite ad eum et illuminamini*, que alude a la iluminación de las almas sedientas de acercarse a las aguas purificadoras, tienen un sentido especial, si recordamos que, en los primeros tiempos del cristianismo, los que acababan de recibir la gracia bautismal recibían el nombre de «iluminados».

Por otra parte, esta Misa nos recuerda una práctica general de los primeros cristianos, que se perpetuó en las liturgias orientales y en la antigua liturgia española, y es que, para hacer más sensible la relación que existe entre los dos Testamentos, se hacían siempre tres lecturas: una de la Ley o los Profetas, otra de las Epístolas apostólicas y la tercera de los Evangelios. La liturgia romana, buscando la brevedad, las redujo a dos, tomando la primera indistintamente del Antiguo Testamento o de los escritos de los Apóstoles. Pero esta supresión no ha destruido el pensamiento inicial. A pesar de ella, los textos bíblicos asociados sistemáticamente con el fin de causar una impresión más fuerte en los corazones o de iluminar con más dulce claridad las inteligencias, forman como un organismo armónico, a través del cual circula la savia de la vida divina, y es como un edificio doctrinal, en el que la unidad y la cohesión se juntan admirablemente con la libertad y la flexibilidad propias del espíritu de Jesús. Es una unidad orgánica, no metafísica; teleológica, no teológica. Nada mejor, tanto para mover como para enseñar; para dar un alto conocimiento de los misterios cristianos y para ayudar a vivirlos. Pero la doctrina no tiene aquí el rigor, ni la lógica, ni la gravedad de un curso de teología. Es profunda, ciertamente, pero se presenta a los ojos de los fieles de una manera espontánea, sencilla, popular, envuelta en los encantos de la poe-